

## VIAJE DE D. PEDRO SARMIENTO DE GAMBOA

por *Luis Carreño Silva*.

Las relaciones de España con Inglaterra en el siglo XVI, eran tensas y se resolvieron un poco más tarde, en una formidable lucha donde se enfrentaron Felipe II e Isabel Tudor, no solo por causas religiosas, sino también por causas políticas (ayuda inglesa a la insurrección en los Países Bajos) y económicas, manifestadas en una sorda guerra por la supremacía naval y por los mercados americanos, tan apetecidos por Inglaterra, que enviaba a los corsarios para desbaratar la organización española.

Organización comercial errada y funesta, en circunstancias que España era incapaz de proveer el comercio de manufacturas, que solicitaba el Nuevo Mundo. No sólo debido al tenaz y fatal prejuicio contra el trabajo manual que existía en España, tierra de hidalgos, sino también porque era incapaz de hacerlo, debido a la organización feudal de la propie-

dad agrícola y al funesto sistema burócrata y estagnador que propiciaba una monarquía tan absoluta y centralista como fué la de España.

Iba a ser la organización eminentemente mercantilista del comercio español con América, que excluía la intervención directa de las potencias europeas, en las que ya nacía una extraordinaria pujanza comercial por ej: Inglaterra y Holanda, la causa del nacimiento de esta lucha.

Sin embargo, hubo ya en el siglo XVI, un comercio clandestino, pues los comerciantes españoles incapaces de satisfacer los pedidos que recibían de América, debían amparar con su nombre, a comerciantes extranjeros que los proveían a ellos.

Pero esto no bastaba, y los gobiernos de esas naciones, especialmente Inglaterra y Holanda, tendían a quebrar un exclusivismo muy español, pero muy perjudicial para sus manufacturas.

Pero esta curiosa institución o invención del corsario, (diabólica invención, diría un español de la época), ¿obedeció únicamente a un mal cubierto deseo de los reyes ingleses (circunscribámonos al aspecto inglés), de desintegrar un comercio inconveniente para ellos, o tuvo sus raíces en causas más profundas, que se pierden en las lóbregas luchas que desató la Reforma?

¿Fué una luminosa idea provocada por circunstancias, o sólo fué el aprovechamiento de algo que existía como un hecho incontrastable, esto del pirata, trocado en corsario? Es indudable que la vorágine de la Reforma, produjo mil aspectos nuevos en Europa, recién salida del tibio cascarón de la Edad Media.

Entre ellos se notó una multitud de piratas que operaban, indistintamente, contra los barcos de las naciones comerciales refugiados en las costas de Bretaña, Irlanda e Inglaterra. Piratas ya protestantes, ya católicos y de todas las clases sociales, arrastrados a esa vida por la persecución de que habían sido víctimas. Fueron estos piratas los que al nacer el gran comercio español con América, a la vista de apetecibles galeones repletos de riquezas no soñadas, se dedicaron a atacarlos, en busca de riquezas más cuantiosas, aunque más arriesgadas.

Y fué esta actividad la que aprovechó, ladina e hipócritamente, la reina Isabel de Inglaterra, cuando prometía al embajador español su poder para acabar con esas perturbaciones y, que cuando éste abandonaba el palacio, recibía a los corsarios con los que conectaba pingües ganancias, a costa de las riquezas indianas. (1).

España reaccionó contra este latrocinio armado organizando sus convoyes de galeones fuertemente protegidos, pero ¿cómo podía defender un continente tan extenso, que por sí sólo era un mundo, de rápidos asaltos a sus puertos?

El corsario podía atacar los puntos más vulnerables de las colonias con más audacia que armas. La región de las Antillas no era prudente, pues ahí era mayor la concentración de poderío hispano; pero ahí estaban esas largas e indefensas costas del Pacífico, fácil presa para un corsario audaz y temerario. Pasó el corsario por estas costas, y su estrago fué tal, que se le comparó a un castigo celestial, su paso fué terrible, cuanto imprevisto, hubo necesidad de que un cometa anunciara a los españoles que un hereje venía a arrastrar con el "navío del oro": De aquí iba a nacer la solución suprema, en que había de fracasar, no Gamboa, sino los ayudantes que le dieron.

Pero no nos adelantemos y ahondemos más en el problema. Si los españoles veían en los ingleses herejes, ¿qué veían los ingleses en los

españoles? Indudablemente no veían solamente un obeso y parlador comerciante, con sus alforjas bien provistas de oro incásico y azteca, sino que veían en la nación española y en cada súbdito, la personificación del Anticristo. ¿Hasta qué punto jugó un papel importante este factor religioso en aquellas épicas luchas?

No se sabe bien, pero su influencia se pierde en infinidad de actos, de libros, de panfletos, que salpicaron una época en que se definía una nueva era. Su influencia fué tan primordial y determinante del fenómeno corsario que no se puede dejar de lado y pasar por encima de un hecho de tanta trascendencia.

Los ingleses robaban, saqueaban y mataban, pero, ¿a quién?, al Anticristo, al enemigo de la Fe, a un pueblo que quería imponer una doctrina y una civilización errada a todo un mundo, al que esquilmbaban y exterminaban en un trabajo agobiador, en minas y más minas. Su robo era santo, quitaba recursos al demonio que en Europa introducía el odio contra el "Defensor de la Fe".

Y el español ahorcaba, quemaba y ajusticiaba ingleses, pero, ¿por qué?, porque eran herejes, enemigos de la santa fe que defendían, enemigos del Papa Vicario de Cristo, eran renegados, asesinos de obispos y sacerdotes y fieles católicos. Luchar contra ellos era defender el reino de Dios, la integridad de la fe, cuyo baluarte era el Católico Rey español y su pueblo.

Sin embargo, no podemos afirmar que este era un sentimiento universal que anidaba en cada corazón inglés o español. En efecto, el primer contacto que hubo, entre comerciantes ingleses e hispanos, en la región de las Antillas fué pacífico, aunque revestido de todas las precauciones contra un estallido de las odiosidades.

En 1530, John Hawkins, padre del futuro corsario, compañero de drake en muchas correrías, Williams Hawkins, entró en tratos con los españoles para vender esclavos negros. Este comercio duró bastantes años y en él participó su hijo y el mismo Drake. Pero la corona española, al saber semejantes novedades, reno vó sus órdenes prohibitivas de comerciar con los ingleses bajo ningún pretexto y ordenó la persecución de estos mal disfrazados comerciantes.

Este fué el punto de partida de las hostilidades entre los corsarios y el poder español. No debemos pensar que esta actividad corsaria fué privativa de los ingleses y holandeses, también los franceses se apresuraron a sacar el mayor provecho de un estado general de hostilidad; no debemos olvidar que, en ese siglo legendario, España luchó con Inglaterra, con Francia y Holanda. Esta hostilidad entre las metrópolis, iba a determinar la audacia de los corsarios ingleses y la labor admirable de los representantes españoles en América, que en medio de una estrechez de medios económicos y de recursos de toda clase, provocado por la política del estado español en cuanto a la defensa de estos territorios, confiados sólo en su inmenso espíritu, en su valor legendario y en su fe tradicional, iban a procurar mantener el prestigio de España heroica, que ya empezaba a declinar.

El descubrimiento del Estrecho de Magallanes, trajo a España ventajas, pero significó un motivo de gran preocupación para los soberanos españoles y para sus representantes en las colonias de América, especialmente los de la costa del Pacífico. El nuevo paso iba a ser la ruta de corsarios ingleses y holandeses, que iban a someter a dura prueba el

celo patriótico de los virreyes y gobernadores, empeñados en perseguir a enemigos y herejes.

La excursión de Francis Drake, se efectuó entre los años 1577-1580.

Hemos visto ya a Drake, participar en el lucrativo negocio de la trata de esclavos, en los mares antillanos. En 1567, había acompañado a Hawkins (John) en una de aquellas empresas, tan tentadoras para los españoles, pero fué destrozada por los buques hispanos.

Drake volvió a Inglaterra y obtuvo de la reina Isabel grandes honores, además del mando de una flota de 5 naves, con las que se proponía robar al comercio español, sus mejores tesoros. Partía pues ese año, Sir Francis Drake, de Inglaterra, a donde volvería cargado de oro y gloria, después de dar por 2.ª vez, la vuelta al mundo, el año 1580.

Este corsario asoló las costas chilenas y peruanas, presentándose desafiante, ante El Callao, el 15 de febrero de 1579, y apresando ante los ojos de los españoles, la magnífica presa del "Navío del Oro". Infructuosa fué la inmediata reacción del virrey, don Francisco de Toledo, pues los barcos que fletó para perseguir al corsario, volvieron a El Callao, sin el pirata y sin el oro que fueron a rescatar. El Dragón, como lo llamaban las crónicas de aquel tiempo, ¡y harto apropiada era la castellanización de su apellido!, pudo continuar su recorrido en alas de constantes victorias; más peligro corrió de naufragar, por el peso del oro almacenado en las bodegas, que por los cañones de las naves, enviadas en su persecución.

Fué este viaje el que determinó al virrey del Perú de ese entonces, don Francisco de Toledo, a poner remedio al mal en su raíz, o sea, procurar ocupar y colonizar el Estrecho, para impedir la pasada a las naves enemigas; debemos recordar que se ignoraba la insularidad de Tierra del Fuego.

La iniciativa la tomó pues el virrey del Perú, don Francisco de Toledo, Comendador de Aconcagua. Este notable estadista gobernó el riquísimo Perú, desde 1566 a 1581. No fué tardo en adoptar enérgicas resoluciones, las que llevó a cabo con inquebrantable decisión. Organizó una expedición para colonizar el Estrecho e impedir así el paso de los corsarios por esa ruta.

Fijémosnos bien en esto: "Organizó una expedición para colonizar el Estrecho".

Pero ¿es que ésto tiene importancia? ¿Qué tiene de particular que un virrey organice, como representante del estado español, una expedición?

(2). La importancia es que ésto marca una vuelta a un perdido concepto de organización de empresas. Pues es un hecho que el descubrimiento, el reconocimiento geográfico y aun la conquista, obedecieron a un interés comercial.

Colón, al concebir su viaje, lo hizo con un criterio mercantil, llegar a las Indias para lograr el aprovechamiento de sus riquezas; naturalmente, esta explotación debía ir acompañada del deseo de someter aquellas tierras al cetro del rey y al dominio de la Santa Fe. Hay aquí un triple programa, ¿cuál fué el más importante?...

Cierto es que los viajes de Colón, fueron financiados por el Estado Español, obedecieron a una política determinada, dentro de la concepción absoluta. Sin embargo, el estado debió ceder su papel capitalista a la iniciativa particular, lo que redundó en un extraordinario impulso del afán descubridor y colonizador. ¿Capitalismo? Sí, capitalismo, naciente es cierto, pero capitalismo al fin. La organización económica me-

dioeval, cerrada, estrecha, con una moneda que aun no desempeña su papel, cede el paso a una nueva economía comercial, muy comercial, una economía de cambio, en la que la moneda reina soberana.

Imaginemos que habría sido del Nuevo Mundo si el estado español se hubiese empeñado en acallar un individualismo renacentista, una economía de cambio, mezclados ambos aun, de resabios medioevales, para continuar su labor financiera. España jamás gozó de abundancia de dinero, que es lo que ahora se necesita, sus reyes siempre fueron la pesadilla de los banqueros. La corona, jamás tuvo superávit, siempre pasó estrecha y pobretona.

La incorporación del Nuevo Mundo a la cultura española, (si no satisface la expresión, digamos occidental o europea), habría sido lenta, jerarquizada, llena de modorra. Fué el impulso individualista el que provocó un ansia loca de avanzar, descubrir, llegar al fin del sendero que se abría en la selva, explorar el mar que se presentaba ignoto, derribar troncos, para llegar más allá, siempre más allá. Y todo ésto, ¿para qué? Para lucrar, ya sea en indios, ya sea en oro, ya sea en obtención de tierras, y con ellas, un buen nombre, aspiración máxima del aventurero de aquel tiempo: un buen nombre, aunque se haya sido porquerizo; una buena tierra con sus indios, aunque se haya sido soldado, dueño sólo de su espada; gruesas y abundantes barras de oro, aunque haya sido un hidalgo de capa rota y bolsillo también roto.

Todo esto ganado por el esfuerzo personal, por la lucha heroica contra un mundo desconocido.

Todo aquello se conseguía al concurrir varios factores: 1.º, el individuo, falto aun de nombre; 2.º, un hombre (o varios) de plata; 3.º, el rey a quien se le aumentaba gratuitamente el poderío, pero que concedía el "buen nombre" y la autoridad, pues si bien recibía aumento de poderío, acaso, ¿no eran suyas aquellas tierras, aquellos indios, en virtud de una bula?

De aquí un doble aspecto que adquiere la empresa. El aspecto político; se necesita un jefe, un adelantado, un gobernador, para la tierra por descubrir o por conquistar; un jefe, no importa que aun no se tenga dinero, ni barcos, ni hombres, ni nada, un jefe, después vendrá lo demás. Y cierto, luego nace la asociación de voluntades, de dinero, de vituallas; en algunas empresas, son pocos los organizadores y pocos los beneficiados; en otras son todos, de capitán a paje, los que contribuyen y justo es, todos reciben proporcionalmente, su recompensa.

América es grande, hay mucho, en exceso tal vez, sólo hay que ir a recogerlo, y allá va esa avalancha policroma donde se confunde el noble con el plebeyo, el culto con el patán, sujetos todos escasamente, a la autoridad real, y a veces, muy poco respetuosos de la divina.

Sin embargo, este movimiento no podía durar indefinidamente, ya al empezar la segunda mitad del sigloXVI, el rey de España lo es de América también, completa y absolutamente, ya ha entrado una rutina, ya hay una vida regulada, muy española y muy católica y amodorrada ¡ah! pero siempre quisquillosa y parlanchina. Ya todos tienen su buen nombre, su tierra, sus indios, ya impera la Real Audiencia, los Cabildos, los aguaciles, ya hay virreyes, gobernadores y presidentes, ya es España la que se ha instalado en su nueva provincia. Y es España la que toma la iniciativa, ya es el estado el que vuelve por sus fueros, por su autoridad, su mirada irritada se dirige hacia todo lo que sea motivo de inquietud, de zozobra. Qué indios se sublevan, pues ahí está el

virrey, el gobernador, para someterlos en nombre del monarca; que vienen corsarios, piratas, filibusteros, la responsabilidad cae sobre el representante del rey; qué nuevas tierras, nuevas rutas, vayan los barcos del rey, sus dineros, a conquistar y poblar, y los beneficios ¡ah! ya no es el tímido quinto real, sino que es todo, extraída naturalmente la recompensa para los valientes capitanes.

Y así llegamos a la expedición que nos ocupa, veamos cómo se las ingenió el virrey para financiar una empresa tan importante.

Esta empresa, fuera de las instrucciones que detallaremos más adelante, tenía el encargo de recoger y anotar escrupulosamente toda riqueza que pudieran poseer los aborígenes, con el fin de poseer un exacto conocimiento y facilitar así su explotación para más adelante. No era tanto el susto provocado por el corsario, como para pensar, al menos de paso, en los beneficios materiales que habían de compensar tan ingentes gastos.

Las dos naves fueron compradas con dineros públicos, a la flota que salía de Panamá rumbo al Perú, para abastecerlo con mercancías de la Madre Patria.

Fueron las mejores naves, y fueron equipadas con dos piezas de artillería y veinte arcabuses. Además el previsor virrey ordenó embarcar a bordo, las piezas necesarias para armar un bergantín si las circunstancias lo requerían.

La corona pagó sueldos a la tripulación, y sueldos bastantes considerables, pues hubo gran dificultad para completar la tripulación, debido a las grandes penalidades y peligros de la navegación. Es así pues como la empresa fué totalmente financiada con dineros que salieron de las avaras arcas reales.

En las instrucciones, fechadas en Lima el 9 de octubre de 1579, que recibió Sarmiento de Gamboa, figuró una vez más el espíritu justiciero del "Solón del Perú"; le recomendaba tratar a los aborígenes "como mejor pudiéredes" (3) además le encomendó la captura y muerte de Drake, en caso de que encontrara en su derrotero al corsario. También le encomendó estudiar en todos sus detalles el Estrecho y tomar posesión de él en nombre del rey. Finalmente, le mandó llegar hasta España y presentarse ante el Rey y el Consejo de Indias, a rendir cuenta del cumplimiento de su misión.

Personalidad de don Pedro Sarmiento de Gamboa.—Gamboa es una de las personalidades de esa época. (4). El tipo del adelantado profundamente tradicional, plerótico del ideal católico, lleno de un profundo individualismo, con una enorme confianza en sus fuerzas, que lo llevó a soportar las más inverosímiles dificultades para llevar a las nuevas regiones, al dominio de la cruz y a las instituciones tradiciones españolas. Viven en función de una búsqueda constante de la gloria; personal primero, y en seguida, para gloria de Dios, paradojas frecuentes en el alma española.

Sarmiento de Gamboa es un representante típico de este tipo psicológico.

Poseyendo las virtudes del español, católico, valeroso, ardiente, de apasionado personalismo, Gamboa fué un tipo múltiple: buscó su gloria, es un experto en la espada y en el timón, su ruda mano se ejerció también en la pluma, vació en el papel la narración de sus proezas, de sus proyectos, sus ambiciones, sus esfuerzos para asentar el dominio de España en el extremo del mundo.

Sus ansias de saber lo llevaron a dedicarse en el Perú, a la astro-

nomía, de la cual en aquella época, no había sino un breve paso hacia la astrología y la alquimia, donde vigilaba concienzudamente el ojo avizor del Tribunal del San Oficio. Sin embargo, la fe profunda de Gamboa lo libró del brazo inquisitorial y lo llevó a nuevas rutas, peligrosas y amenazadoras, donde plantó la cruz como demostración del dominio del rey español y católico.

(5) Nació en Alcalá de Henares el 18 de Agosto de 1530. Corría por sus venas la sangre gallega de su padre, Bartolomé Sarmiento y la vizcaína, de su madre María de Gamboa. ¿Estudió en Alcalá de Henares, ruidosa e inquieta ciudad universitaria de ese tiempo, o se educó él mismo, ayudado de un claro entendimiento? Quizás, el hecho es que el bravo marino avezado, adelantado y colonizador fracasado, era un hombre capaz de manejar la pluma en prolijos y cuidadosos informes y relatos.

Lo que es indudable, fué que en el paisaje náutico de Galicia, la tierra de las "rías", formó su espíritu de navegante; allí aprendió a amar al mar; allí nació y acrecentó en su alma, el deseo de contribuir a la grandiosa labor en que estaban empeñados los españoles, allá en la tierra salvaje, lejana y riquísima de América.

Paseó su espíritu inquieto y su espada valiente por los seculares campos de luchas de la Monarquía española en Europa.

En 1555, Pedro Sarmiento se embarcó rumbo a América; dos años pasó en México y Centro América; su labor en esas tierras fué anónima, ¿acaso no había tantos valores que estaban en la cumbre de la gloria? ¿quién se iba a fijar en un militar pobre y desconocido? Sólo nos queda como testimonio de su paso por esas regiones su propia afirmación, en su "Historia de los Incas".

Ya en 1557, Gamboa se radicó en Perú, tierra de conquistadores, tan indomables como las serranías, como los últimos y orgullosos restos de los Incas que ya morían ante el avance implacable de España.

Aquí fué donde para escribir su "Historia de los Incas", se penetró en sus misterios, en sus subyugantes mitos y leyendas, aquí fué donde en contacto con una cultura desconocida y por eso embrujadora, el espíritu de Gamboa, estuvo a punto de caer en los celosos y vigilantes brazos del Santo Oficio.

Desterrado al Cuzco como una conmutación a las penas merecidas por sus peligrosas aficiones a la astrología, salió sin embargo de ahí, en 1567, acompañando a Alvaro de Mandaña en la expedición a las islas de Salomón. Su valer reconocido referente a la náutica, lo salvó y lo salvó más de una vez del empeño inquisitorial de encerrar al navegante en seguros calabozos.

Volvió en 1569, y se captó la confianza del virrey don Francisco de Toledo, del que fué su acompañante en las campañas contra los indios y el historiador de los sucesos que se desarrollaban.

Otra vez cayó bajo el interés del Santo Oficio y esta vez lo libró el proyecto del virrey Toledo, quien lo destinó a la empresa ambiciosa de detener para siempre, a los corsarios herejes en su paso por el Estrecho de Magallanes. Después de participar en infructuosas expediciones para castigar y apresar al ladrón cosario, Sarmiento de Gamboa iba a iniciar la empresa heroica y desdichada de poblar y fortificar el Estrecho de Magallanes.

Por esta empresa iba a pasar a la posteridad; sin embargo, bien merecido lo tenía ya por las obras que había escrito, sobre todo su "Historia de los Incas" que contiene interesantísimos datos del imperio incaico.

Iniciaba una empresa que iba a fracasar, ¿por qué causa?, ¿por su mala suerte?, si hemos de creer en ella, sí que fué una causa importante en la vida de Sarmiento de Gamboa; no sólo como historiador, pues debió haber figurado al lado de los grandes cronistas, con la seguridad de que su personalidad debía brillar intensa, gracias a sus méritos, sino también en sus empresas guerreras que fracasaron una tras otra, sumiendo infinidad de esfuerzos y sinsabores en un brutal anonimato y en un injusto olvido, en la historia de tantas glorias y hazañas.

(6). Partió Gamboa el 11 de Octubre de 1579, al mando de dos naves: Nuestra Señora de la Esperanza y San Francisco. El se encargó de dejar la historia, olvidada y triste, de esta expedición en una "Relación y derrotero del viaje y descubrimiento del Estrecho de la Madre de Dios, llamado antes de Magallanes". Su nunca desmentida arrogancia, lo inducía a descubrir lo ya descubierto o, ¿es que pensó que cambiando nombres, iba a descubrir un Estrecho que había utilizado el sagaz corsario, causa principal de su empresa?

Las novedades que él marcaba no fueron otras que intentar poblar y colonizar y fortificar un paso que súbitamente se volvía peligroso para España, y cruzar el Estrecho por octava vez desde su descubrimiento, eso sí haciéndolo por segunda vez de W. a E. (7). Sin embargo tenía razón, él iba a descubrir un Estrecho, pues si bien es cierto que ya lo había sido por el E., por el W. nadie había sido capaz de sortear la infinidad de fiordos, golfos, islas, canales y demás obstáculos que habían puesto siempre en jaque, la solicitud de los gobernadores de Chile, para colocar esos territorios bajo su égida. Sarmiento descubrió un derrotero para salvar el prestigio español, a pesar de tantos peligros y dificultades, pues "no era justo se vendiese, ni excusase su persona en éste, por temor de la muerte, ni trabajos que publicaban, ni por ser cosa de que todos huían" (8).

Los sufrimientos y obstáculos se prodigaron a porfía en el camino del Almirante, no hay para qué detallarlos; Gamboa, obstinado en el cumplimiento del deber y de su misión, los sobrellevó pacientemente durante los meses en que recorrió las tierras que muchas veces se habían cruzado, pero que por primera vez se estudiaban. Entre el 23 de enero al 24 de febrero de 1580, Sarmiento de Gamboa estudió estas tierras bravías e ignotas, no olvidando tomar repetidas veces posesión en nombre del "muy amado rey".

Llamó la primera angostura del Estrecho, "Nuestra Señora de la Esperanza, y acaso fué la esperanza la que lo hizo concebir la idea de que estas tierras eran "fácil fortificar por ambas costas la primera angostura y poblar el Estrecho más adelante". (1).

Una de las naves se volvió a Chile, y Sarmiento salía al Atlántico el 24 de febrero de 1580, rumbo a España y al rey Felipe, para cumplir con las órdenes que el virrey le había dado. Abrigaba la idea de entusiasmar al rey en su proyecto.

Llegó a España después de mil peripecias, el 19 de agosto de 1580; acaso fué esta parte del viaje la única afortunada; llegó a bordo de la nave "Nuestra Señora de la Esperanza". En Badajoz estaba el rey, allí se dirigió Gamboa decidido a presentar su proyecto. Este fué sometido a la lenta tramitación española, pensando en todas sus consecuencias, analizado y observado por los sesudos consejeros militares y políticos del rey Felipe II. La idea de fortificar y colonizar aquellas regiones, recibió el apoyo real y toda la ayuda material, dentro de los inmensos gastos



a que se veía abocado el rey católico; además hubo un interesante reforzamiento, fruto del catolicismo español, realizado por la secular lucha contra los herejes, fué la excomunión para los que pasasen, a despecho de las fortificaciones, por el Estrecho sin el permiso del rey don Felipe y sus sucesores.

Del puerto de San Lúcar de Barrameda, escenario de numerosas y memorables expediciones, partió ésta hacia los confines de América y del mundo, el 25 de septiembre de 1581. Son 23 naves donde se atiborran unas 3 mil personas.

Como jefe va el adelantado don Diego de Flores, Capitán General de élla y de las costas del Brasil; va también don Alonso de Sotomayor quien ocupará la Gobernación de Chile, al mando de refuerzos para finiquitar la conquista de Arauco; y don Pedro Sarmiento de Gamboa, nombrado Capitán General del Estrecho de Magallanes y Gobernador de las futuras poblaciones.

Fuera de los soldados, van artesanos de todos los oficios, además de 30 mujeres y 23 niños, sumados algunos funcionarios y eclesiásticos. Va además provista de gran cantidad de materiales para iniciar en debida forma, el dominio de España en el Estrecho. Decididamente pocas veces se había manifestado tanto liberalidad, ¡si hasta se manifestó al nombrar 3 Adelantados, cuando sólo hacía falta uno! En efecto, el éxito de la operación se perdió, debido a la inercia y cobardía de don Diego de Flores y al egoísmo de Sotomayor.

Sin embargo, una tempestad azotó a la expedición y la obligó a volver maltrecha, al puerto de Cádiz, desde el cual salió gracias a la actividad infatigable de Gamboa, en violento contraste con la inercia de Diego de Flores; el 9 de diciembre de 1581, rumbo al Estrecho y a la muerte.

Siempre poseyendo como enemigo mortal a la tempestad, debió invernar la escuadra en Río de Janeiro, puerto del que salieron ya 16 barcos. Don Alonso de Sotomayor inicia los episodios de desertiones, él con sus soldados, naves y aprovisionamientos, decide desembarcar en Buenos Aires y llegar por tierra a Chile. La expedición siguió rumbo al Estrecho al que logró entrar, pero una tempestad, la arrojó nuevamente a las costas del Brasil.

Este hecho terminó con pequeñas torpezas de Diego de Flores, y lo decidió a cometer la última, pero más grave y funesta, y él y sus naves vuelven a España, dejando al incansable Gamboa al frente de sólo 5 naves y unas 500 personas y contando con la ayuda de Diego de la Rivera.

Sólo el 1.º de febrero de 1584 la flota logra anclar en la bahía de San Gregorio, de aquí una nueva tormenta arroja a los expedicionarios contra el Cabo de las Vírgenes, donde Gamboa toma posesión del territorio y desembarca a su gente el 6 de febrero de 1584.

Allí en el Valle de las Fuentes, a media legua del Cabo de las Vírgenes, el tenaz Capitán General, el 11 de febrero de 1584, echa los cimientos de la ciudad "Nombre de Jesús", más rancherío de barro y ramas, cuyos lugares de honor lo ocuparon la futura iglesia, y los edificios públicos, sin faltar en el centro de la plaza la picota, que pronto había de prestar sus servicios.

No podía faltar la misa ni el acta notarial de fundación, muy bien guardada y defendida, colocada junto a la primera piedra de la Iglesia de la Purificación de Nuestra Señora.

Se nombró en seguida, el Cabildo, compuesto de 6 regidores y un escribano un procurador de la ciudad, un mayordomo, además de un

aguacil mayor. Para la construcción de la Iglesia, el Hospital, y la Casa Real, se desmanteló la nave Trinidad. El resto de los solares, repartidos entre los expedicionarios, comenzaron a poblarse de miserables chozas de barro y palos, teniendo por techo hierbas y por sostén la valentía asombrosa de los españoles.

Sarmiento de Gamboa había logrado su propósito, ahí tenía esbozada una ciudad, poseía: 3 fragatas y la "María" que, aunque casi deshecha por los asaltos de las tempestades, aun había de prestar servicios y ser la última esperanza.

Pero el sufrido Capitán aun no había terminado de beber en vaso de la traición, y el 17 de febrero don Diego de la Ribera, lo abandonaba al mando de las 3 fragatas, dejándolo con su maestro de campo, don Pedro Iñiguez el astillero mayor, don Andrés de Biedma, los dos frailes franciscanos, 177 soldados, 48 marineros y 48 pobladores, entre ellos 13 mujeres y 10 niños, que están destinados a morir de hambre, faltos de instrumentos y de ayuda.

Nombre de Jesús y sus alrededores, no son capaces de alimentar tan abundante población; ¡338 personas!, y es necesario buscar un paraje más abrigado con más posibilidades y medios de subsistencias, donde sea posible más tarde trasladar aquella gente.

Hacia la Punta de Santa Ana, lugar más benigno, con buena playa, abundante agua, bosques, defendida de los vientos, marcha Gamboa por mar y por tierra, el 7 de marzo de 1584. Allí surgió con las mismas características que Nombre de Jesús, una nueva población: "Rey don Felipe", el 25 de marzo de 1584 y su iglesia de "Nuestra Señora de la Encarnación".

Dos poblaciones surgían fruto del sufrimiento y de la tenacidad, Sarmiento de Gamboa a bordo de la "María", se dirige a visitar Nombre de Jesús, para más tarde ir a Chile en busca del socorro urgente y necesario. Pero una tormenta, que arranca lágrimas de impotencia del Capitán General,<sup>a</sup> arroja su navío hasta Río de Janeiro, llevándose la última esperanza de aquellas almas abandonadas a su suerte. Pero una escala interminable de sufrimientos e infortunios, era la vida de aquel hombre valiente como ninguno; cuando navegaba en socorro de sus compañeros, cayó prisionero por dos meses de los corsarios ingleses y por dos años, de los hugonotes franceses. Sarmiento de Gamboa prisionero, desconocida su suerte, llega por fin a España, y la última seña que de él se tiene es que el 15 de septiembre de 1590, firmaba una Relación de lo sucedido en su viaje al Estrecho; 1591 y la huella de Sarmiento de Gamboa se pierde definitivamente.

Entre tanto, ¿qué había sucedido en "Nombre de Jesús" y en "Rey don Felipe", habiendo desaparecido el fundador y el único que se preocupaba de su progreso y de su suerte? En 1586, al mando de Andrés de Biedma, sólo que dan 15 hombres y 3 mujeres, atormentado por la desesperación, por el hambre y el sufrimiento; han visto morir de hambre y frío, tragados por el mar y asesinados por la tierra inclemente, al resto de sus compañeros. Las dos ciudades con sus Iglesias, sus Hospitales, sus Cabildos y sus cárceles, son una carajada de burla y estupidez en la Tierra del Hambre.

Sin embargo, aquellos 18 ven, al llegar a la bahía de la Posesión en busca de alimentos, 3 navíos. Son las naves de Tomás de Cavendish. Los sobrevivientes logran hacerse notar y un bote va con el ofrecimiento de embarcarlos y llevarlos al Perú. Se encuentran 3 soldados, enviados como

vanguardia por Andrés de Biedma; mientras uno sube a bordo y los otros dos se dirigen al resto del grupo, se levanta una brisa que acaba con los propósitos nobles del inglés, quien decide zarpar. Ha condenado a muerte a aquellos infelices.

El sobreviviente se llama Tomé Hernández.

De la grandiosa expedición de Pedro Sarmiento de Gamboa, sólo quedan: un soldado, Tomé Hernández y un nombre, "Puerto Hambre".

L. C. S.

(Hist. y Geogr. III Año).

---

(I) Haring, C. H.: Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el Siglo XVI. París, 1939.

---

(II) Meza, V. N.: Formas y Motivos de las Empresas Españolas. Santiago, 1936.

---

(III) Braun, M. A.: Las Cuatro Fundaciones Magallánicas. Santiago, 1935.

---

(IV) Morales, M.: Sarmiento de Gamboa, un Navegante Español del Siglo XVI. Buenos Aires, 1940.

---

(V) Braun, M. A.: Idem.

---

(VI) Ladrillero también intentó, en 1557, atravesarlo de W. a E., alcanzando a llegar al Atlántico, pero sin estudiarlo.

---

(VII) Braun, M. A.: Idem.

---

(VIII) Colección de Diarios y Relaciones, etc. Tomo II, Pág. 18. Madrid, 1944.

## BIBLIOGRAFIA

Homenaje de la Universidad de Chile a su ex Director, D. Domingo Amunátegui, en el 75.º aniversario de su nacimiento. Tomo I: Historia y Genealogía.

BRAUN, M. A.: Las cuatro Fundaciones Magallánicas. Págs. 3 - 32.

PEREIRA, C.: Historia de la América Española. Tomo VII. Tercera Parte. Saturnino Calleja, Madrid, 1925.

MARKHAM, C.: Historia del Perú. Cap. VI. Imp. La Equitativa. Lima, 1895.

MORALES, E.: Sarmiento de Gamboa, un Navegante Español del Siglo XVI. Ed. Atlántida. Buenos Aires, 1940.

BARROS, A.: Historia General de Chile. Tomo III: Exposición de Sarmiento de Gamboa. Edit. Rafael Jover. Santiago, 1884.

HARING, C. H.: Los Bucaneros de las Indias Occidentales en el Siglo XVI. Págs. 13 - 63. París, 1936. Traduc. L. Landaeta.

MEZA, V. N.: Formas y Motivos de las Empresas Españolas en América y en Oceanía. Págs. 322 - 368.

Boletín de la Academia Chilena de la Historia, 2.º Semestre 1936. Santiago, 1936.

Instituto Histórico de Marina: Colección de Diarios y Relaciones para la Historia de los Viajes y Descubrimientos. Tomo II: Sarmiento de Gamboa. Págs. 1 - 25. Imprenta Aldecoa. Burgos. Madrid, 1944.

